

Timothy Snyder, *Tierras de sangre* (Bogotá: Norma, 2011), 669 pp.

Las traducciones al español de libros escritos en inglés sobre la Segunda Guerra Mundial y el período de Entreguerras forman un mercado historiográfico importante en el que se enfrentan principalmente editoriales españolas. En medio de rumores sobre su desaparición, la editorial colombiana Norma da la pelea en Latinoamérica con la traducción de uno de los libros de historia de los que más se habló en Estados Unidos y el Reino Unido en el año 2010: *Tierras de sangre* (*Bloodlands*). *Europa entre Hitler y Stalin*, del joven historiador norteamericano Timothy Snyder, profesor en la Universidad de Yale.

La gran novedad de este libro es la creación de un objeto historiográfico: los catorce millones de muertos que cubrieron durante los decenios de 1930 y 1940 el espacio situado a grandes rasgos entre Alemania y la Unión Soviética, y los mares Báltico y Negro. El propósito de Snyder es claro desde el subtítulo de su libro: no se trata del enfrentamiento entre las fuerzas al mando de Hitler y su contraparte bajo las órdenes de Stalin —aunque esta problemática hace parte del libro—. Se trata más bien de la suerte que corrieron los hombres y mujeres que quedaron atrapados en el trozo de Europa atezado por el nacionalsocialismo y el comunismo desde los años en que cada sistema se consolidó en su propia esfera (1932-1939) hasta el momento en que uno venció al otro después de un enfrentamiento apocalíptico (1941-1945), pasando por un corto período de alianza y colaboración (1939-1941). Ninguna de las víctimas estudiadas murió en combate. Al enfocarse en ellas, esta investigación hace contrapeso al interés predominante por las operaciones militares del frente occidental, entre las cuales el desembarco en Normandía es la más taquillera.

Además de la introducción y la conclusión, el libro está dividido en once capítulos dispuestos de manera cronológica. A medida que avanza la narración el lector encuentra cinco problemáticas principales, cinco formas de matar y morir, repartidas en los primeros ocho capítulos. La primera de ellas es estudiada en el primer capítulo: la hambruna que infligió Moscú al final del primer plan quinquenal (1932-1933) a algunas de las naciones que formaban la Unión Soviética. El propósito fue reducir al

mínimo la resistencia a los procesos complementarios de despojo de tierras a campesinos propietarios (*kulaks*) y de colectivización de las mismas. El método fue obligar a los campesinos a entregar los productos cultivados y redistribuirles mucho menos del mínimo necesario para mantenerse con vida. El resultado fue una escasez de alimentos creada por el hombre y tres millones de muertos sólo en Ucrania. La etapa siguiente en este itinerario de la muerte ocupa los capítulos dos y tres: la gran purga de 1937-1938, en la que murieron unas 700.000 personas también por designio de Moscú, esta vez manifestado en cuotas precisas de muertos. Snyder divide el estudio de la purga en sus dos grandes justificaciones: por clase (contra los *kulaks* de nuevo, en el capítulo dos) y por origen nacional (contra los polacos con especial virulencia por un inexistente complot contra la Unión Soviética, en el capítulo tres). Hasta este punto —el final de los años 1930— la mayor parte de las víctimas corrieron por cuenta de la Unión Soviética. Pero el total no llega a cuatro millones. Quedan faltando más de diez.

El capítulo cuatro se ocupa de la tercera problemática principal: el Tratado Molotov-Ribbentrop (1939) —por el cual la Unión Soviética y Alemania pasaron de ser enemigos en potencia a ser aliados en acto— y de sus consecuencias: la partición de Polonia ante la pasividad de Francia y el Reino Unido, y 200.000 muertos más, en su mayoría hombres pertenecientes a las clases educadas. A esto hay que agregar las deportaciones soviéticas al *gulag* y alemanas a Auschwitz. Este campo, tal vez el más famoso de los campos de concentración alemanes, no era en ese momento el destino de los judíos polacos. Para ellos se diseñó la política siniestra de los guetos en las principales ciudades (Varsovia, Lodz...). La alianza germano-soviética tuvo sin embargo una vida corta. En junio de 1941 Hitler decidió traicionar a Stalin y lanzar una gigantesca invasión conocida con el nombre de operación *Barbarossa*. Snyder muestra el peso que tuvieron las consideraciones de economía ideológica, o de ideología económica, en esta decisión: si Alemania quería sobrevivir como imperio, razonaban los nazis, necesitaba un "espacio vital" (*Lebensraum*) para su "raza", espacio que sólo podría extenderse hacia el oriente a costa de los eslavos —los planes originales contemplaban la muerte de 45 millones de personas en el invierno de 1941-1942—. Como resultado de este enfrentamiento el número de muertos en las "tierras de sangre" se duplicó hasta alcanzar los ocho millones. Se calcula que murieron tres millones de prisioneros de guerra soviéticos hasta 1945 y un millón de civiles durante el sitio de Leningrado.

Estos cuatro millones, al igual que los tres millones de ucranianos a principios de los años treinta, murieron de inanición. Desde ese momento la inmensa mayoría de las víctimas civiles corrió por cuenta de la Alemania Nazi. El fin de Molotov-Ribbentrop y las consecuencias descritas son estudiadas en el capítulo cinco y forman la cuarta gran problemática que compone el objeto de este libro de historia.

La quinta y última es, desde luego, el Holocausto: la muerte de unos seis millones de judíos en manos del régimen de Hitler. El autor dedica tres capítulos a mostrar su génesis y su evolución, desde las deportaciones hacia los campos de concentración hasta la puesta en marcha de los campos de muerte (Belzec, Sobibor, Treblinka). Muy importante es la atención que presta a los *Einsatzgruppen*, secciones de asalto que acompañaban a la *Wermacht* en su penetración al oriente con el objeto de erradicar a la población judía en lo que se conoce como el Holocausto a balazos. Cuando las cámaras de gas empezaron a funcionar la mayoría de los judíos ya estaban muertos. El libro termina con tres capítulos dedicados al reflujo del ejército rojo sobre las "tierras de sangre", la derrota del nacional-socialismo, la caída de la Cortina de Hierro sobre el espacio en cuestión y, por último, las políticas antisemitas puestas en marcha por Stalin. En estos procesos hubo desde luego muchas víctimas civiles, pero las cifras palidecen en comparación con la estulticia de los años anteriores.

En la anterior enumeración de atrocidades, la mitad de las víctimas murieron de hambre por la voluntad deliberada de privar de alimento a poblaciones enteras: los ucranianos al final del primer plan quinquenal soviético, los habitantes de Leningrado durante el ya legendario cerco de la ciudad y los prisioneros de guerra soviéticos en manos de los alemanes. Muertes más lentas, más dolorosas, pero sin derramamiento de sangre. Esto hace pensar que la metáfora que da nombre al libro no es quizá la más apropiada. Tal vez otro título, no necesariamente metafórico, hubiera dado una imagen menos reducida del objeto historiográfico: piense el lector en las tumbas poco profundas que Snyder menciona en varios apartes o en la tierra como campo sembrado de cadáveres donde años más tarde van a germinar los nacionalismos. Pero es difícil encontrar un título tan impactante, conciso y sonoro como *Bloodlands* —no hay duda que funciona mejor en inglés que en español—. Sospecho que el autor aspira a que sus lectores empiecen a referirse con este término al espacio que estudia en el momento en que lo hace.

Si se tiene en cuenta la ambición intelectual del proyecto sobra decir que *Tierras de sangre* es un libro de síntesis. Esto no quiere decir que el autor no haya utilizado los archivos pertinentes: lo ha hecho con maestría, pero en libros anteriores dedicados a problemáticas afines. En este caso la inmensa mayoría de sus fuentes son los trabajos de otros historiadores. Esta particularidad no le quita ningún mérito al proyecto. Por el contrario, Snyder realiza la proeza de dominar una lista gigantesca de investigaciones recientes y clásicas en diez idiomas para hacer de ella una investigación histórica no sólo novedosa y rigurosa sino también legible. El resultado hubiera podido ser un balance bibliográfico erudito dirigido exclusivamente a sus pares académicos, pero fue, por fortuna, un libro que le da a la palabra "divulgación" un sentido noble. Los historiadores lo pueden leer con provecho así como cualquier persona interesada en la historia de Europa en el siglo XX y amiga de la lectura: el libro es extenso —y no tiene versión en mp3—.

La narración presenta sin embargo un problema de fondo relacionado directamente con un propósito que el autor expresa con claridad en la conclusión. Los sistemas liderados por Hitler y por Stalin convirtieron a millones de hombres y mujeres en números y en listas. Snyder quiere reconvertir las cifras en personas para restituirles la humanidad robada. En términos narrativos el historiador se ve enfrentado a una pregunta compleja: ¿Cómo trenzar la gran historia con las pequeñas historias? ¿Los nombres archiconocidos y recargados de sentidos como Hitler y Stalin con los nombres olvidados o desconocidos? ¿Las estadísticas con las anécdotas? La solución por la que opta el historiador es intercalar en el gran relato del progreso de la muerte una multitud de pequeñas situaciones donde los protagonistas, hasta entonces anónimos, son llamados con nombre propio. El propósito del humanista es loable, pero el resultado narrativo no es del todo satisfactorio. Ante la acumulación de anécdotas el lector termina por confundir los nombres y las situaciones. Las variaciones de los cinco temas fueron tantas en aquel tiempo y lugar que no caben en la cabeza de nadie. Y dar el nombre de una víctima y narrar un fragmento de su vida, por significativo que sea, no basta para restituirle su humanidad: una lista de situaciones, así tenga nombres propios, no deja de ser una lista.

El prólogo, por ejemplo, enumera cinco casos anónimos que desaparecen en el cuerpo del libro para reaparecer en bloque con sus nombres en la conclusión, más de quinientas páginas después, cuando ya habían sido olvidados por el lector —al

menos por este lector—. Inevitablemente queda la sensación de que fueron incorporados al final de la escritura. Algunos personajes secundarios aparecen varias veces: un diplomático japonés, un periodista galés, un artista polaco... pero se pierden en la masa de nombres y estadísticas. Snyder tal vez hubiera podido encontrar inspiración en la literatura o en el cine donde, normalmente, el número de personajes es limitado. Un número menor de casos hubiera dado una lista más corta de nombres, pero cada nombre hubiera sido mucho más difícil de olvidar. Si hubiera desarrollado, por ejemplo, las cinco viñetas del prólogo a lo largo del libro, abandonando cada historia en el momento en que moría el protagonista, tal vez el impacto en el lector hubiera sido más profundo. Tal vez no lo hizo porque ya lo había hecho en sus otros libros, que no he leído. Dos de los títulos —*Sketches from a Secret War: A Polish Artist's Mission to Liberate Soviet Ukraine* y *The Red Prince: The Secret History of a Habsburg Archduke*— prometen dos personajes no solo secretos sino inolvidables. En cualquier caso ésta es sólo una sugerencia tardía que no le impide ver al comentarista los muchos méritos que tiene este gran libro. El objeto de estudio es descomunal: dos potencias, una docena de naciones e idiomas, millones de kilómetros cuadrados y de muertos. Descomunal es la calidad de Snyder como historiador.

Es una lástima que la traducción impida ver con nitidez una y otra cosa. Son raras las páginas en las que el lector latinoamericano —a quien va dirigida la traducción— puede olvidar en qué lengua fue escrito el texto original. Como si no aguantara más llevar ese incómodo disfraz español, el inglés se revela y sale a flote. En un párrafo sobre la campaña nazi para acabar con la alta cultura polaca se puede leer: "La estatua de Adam Mickiewicz, el gran poeta romántico, en el Market Square fue destruida y la plaza se rebautizó plaza Adolfo Hitler". Sí, *Market Square*. En Cracovia. Compárese este libro con otro consagrado a una problemática histórica relacionada: *Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*, del historiador británico Richard Overy¹ —que, como cosa curiosa, no aparece en la bibliografía— vertido al español con elegancia por Tusquets en Barcelona. ¿Es el historiador Overy mejor escritor que el historiador Snyder? Tal vez. De lo que no queda duda es que una traducción como la de *Dictadores* hace palidecer la de *Tierras de sangre*. Si la salvación de Norma depende de la competencia con las editoriales españolas por el mercado de la historio-

1. (Barcelona: Tusquets, 2006) [primera edición en inglés 2004].

grafía europea sobre el período de Entreguerras y la Segunda Guerra Mundial —cosa dudosa— la editorial nacional no debe vencerlas sólo en la velocidad al comprar los derechos de los libros sino también en la calidad de sus traducciones. Entretanto tal vez lo mejor sea comprar no sólo *Bloodlands* sino también los demás libros de Snyder en una librería virtual —donde se pueden conseguir en buen estado y a buen precio en rústica y de segunda mano— y hacer el esfuerzo de leerlos en el idioma en que fueron escritos para poder apreciar en su justa medida la obra en construcción de uno de los historiadores que está transformando nuestra visión del siglo XX europeo.

Carlos Camacho Arango
Candidato a Doctor en Historia de la
Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne
Dirección de contacto: camachoarango@gmail.com